

## RESEÑAS

ANDRÉ MARTINET, *Économie des changements phonétiques. Traité de phonologie diachronique*. Éditions A. Francke, Berne, 1955; 396 pp.

Dos partes constituyen el presente volumen; una consagrada a la teoría general de la fonología diacrónica, y otra —intitulada *Illustrations*— destinada a ofrecer ejemplos del método expuesto en la primera parte. La segunda, formada casi totalmente por refundiciones de artículos publicados en revistas, abarca muy diversos asuntos: desde el indoeuropeo (análisis de los rasgos distintivos y reconstrucción: el vocalismo *o* no-apofónico en indoeuropeo) hasta el desarrollo de las consonantes fricativas sordas en español y la reconstrucción estructural (las oclusivas del vasco).

Lo que hace importante e interesante el libro de Martinet es la aplicación metódica de dos principios fundamentales de la lingüística contemporánea a cuestiones de historia de las lenguas: 1) el concepto de la fonología como sistema, es decir, como organización de unidades funcionalmente diferenciadas; 2) el concepto de que en esa organización hay un juego constante de “presiones” (resultado de las diversas tendencias a cambiar elementos fonéticos) y un juego de “represiones” o regresiones (resultado de la resistencia que un grupo hablante experimenta para mantener viva la función comunicativa de su lengua).

La parte de *Théorie générale* se expone bajo estos títulos: a una “Introduction” siguen cuatro capítulos intitolados “Fonction”, “Structure”, “Économie” y “Prosodie”, y por último una “Conclusion”, sobre las grandes cuestiones relativas a los fenómenos que influyen, no sólo en los sonidos y formas, sino también en el léxico, y asimismo sobre la influencia de una lengua en contacto con otra, o bien de una lengua yuxtapuesta a otra.

El autor advierte que su libro no se dirige principalmente a los lingüistas estructuralistas, sino más bien a los que han seguido el camino tradicional de la filología, más interesados en las causas —o, mejor dicho, circunstancias históricas— de las transformaciones que se observan en todas las lenguas conocidas. Incluso hace notar cómo, debido a timidez o a excesivo objetivismo, los secuaces de la lingüística descriptiva (sincrónica) han rechazado la explicación de los hechos observables. Martinet se propone un programa esencialmente distinto. La descripción estática no puede servir sino en la medida en que los hechos fonéticos observados se colocan como elementos funcionalmente activos de un sistema. Es cosa establecida que tal sistema forma una estructura de ele-

mentos que se definen sobre todo por sus contrastes con otros. No basta, dice el autor, describir los “hechos de lengua”: también hay que explicar, buscar las circunstancias que hayan favorecido este o aquel cambio o que, por el contrario, hayan impedido tal o cual desenvolvimiento. La diacronía, como estudio de las transformaciones de las lenguas, no consiste en esbozar sucesivas descripciones esencialmente sincrónicas que se escalonen en el tiempo. La fonología diacrónica se esfuerza en demostrar los principios efectivos de cambio que se suceden en el tiempo. Esos principios se revelan al analizar las relaciones entre los elementos del sistema, siempre cambiantes, porque los elementos mismos están en constante mutación.

Cada fonema tiene una función distintiva propia; es decir, cada uno, en un momento dado, está en múltiples oposiciones con todos los demás fonemas del idioma. Por otra parte, no hay fonema que sea sencillo: todos comprenden variantes. Si una de éstas se transforma, si cambia de valor acústico por efecto de la evolución fonética, las oposiciones del fonema total se verán amenazadas y las relaciones entre las partes del sistema se irán modificando. Por eso la fonología diacrónica ha de ser estructural y funcional a la vez.

Para aclarar todo ello concretamente, bastará citar, como hace Martinet, dos principios enunciados hace mucho por uno de los fundadores —o mejor, precursores— de la fonología diacrónica, el francés Paul Passy: 1) hay constantemente en cada idioma una tendencia a eliminar lo superfluo; 2) hay constantemente en cada idioma una tendencia a destacar lo necesario. Cabe pensar en la ley del menor esfuerzo, y aun sería preferible hablar, con el autor, del principio de “economía”. Hay, por ejemplo, una economía en la asimilación articulatoria, pero también otra economía en la conservación de distinciones útiles para un mejor entendimiento. La primera está amenazando siempre el buen funcionamiento del idioma comunicativo; la segunda está resistiendo siempre a la acción de la primera.

Cada fonema tiene lo que se puede llamar su campo de dispersión —esto es, el total, en el espectro acústico—, de realizaciones que podrán entenderse como iguales, sin riesgo de error. En torno a un campo de dispersión, para proseguir con la misma figura, hay una zona que sirve como de margen de seguridad. Cuando la realización de un fonema se desplaza casualmente en dirección a otro, se produce sobre el segundo una especie de presión, y habrá uno de estos tres resultados: *a)* “corrección” de la realización vagabunda, por reconstitución o regresión; *b)* confusión, con pérdida (por lo menos parcial) de la oposición anteriormente efectiva; *c)* desplazamiento o evacuación del fonema amenazado por la presión. Por otra parte, si una realización fonética se mueve desde su campo normal en dirección opuesta a la del fonema vecino, quedará en su sitio un “espacio vacío”.

Desde luego, se puede producir un desplazamiento del fonema anteriormente vecino hacia el sitio ahora vacante. Sería, en este caso, una especie de atracción. Pongamos por nuestra cuenta un ejemplo: cuando en el “protorromance gálico” la vocal [u] llegó a pronunciarse [y], dejando vacío el campo de la vocal cerrada posterior, el diptongo [ou],

procedente de [ó], pudo ya pronunciarse como vocal reducida: [u]. Esto no quiere decir que la simplificación del diptongo haya debido producirse forzosamente; pero no cabe duda de que la existencia de la “casilla vacía” favoreció la reducción.

Ahora bien, en esos casos de cambios fonéticos con desplazamiento de realización, hay que tener en cuenta un factor importantísimo para la interpretación de tales fenómenos, que el autor llama *rendement fonctionnel* (en inglés *functional yield* o *burden*, en alemán *funktionelle Belastung*): digamos *rendimiento funcional* de una oposición. Se observa actualmente en la pronunciación de la mayor parte de Francia una confusión entre *e* y *ø* nasales, entre las vocales de *pain* y de *un*; y no sólo confusión, sino a la vez absorción del uno en el otro, con pérdida de *ø* nasal. Cuando *brin* y *brun*, *empreinte* y *emprunte* suenan de igual manera (con *e* nasal), el sistema de cuatro vocales nasales se halla casi quebrantado. Dos circunstancias parecen haber favorecido el fenómeno: 1) dado el número mínimo de vocablos con *e* nasal proveniente de *ø* nasal que pueden encontrarse en el mismo contexto en que se usarían los vocablos con *e* nasal original, los casos de completa igualdad (entre *brin* y *brun*, por ejemplo) son poquísimos, de manera que no hay gran peligro de mala comprensión; 2) además, *ø* nasal tiene un rendimiento funcional muy escaso, dado que en el léxico total del francés no abundan las palabras que contengan esa vocal (pese a la abrumadora frecuencia con que se usa el artículo indefinido *un* en cualquier página escrita en francés).

El concepto de la estructura lingüística deriva de las ideas fundamentales de Saussure y de sus seguidores. Los fonemas son las unidades fónicas de un idioma. Todos ellos se componen de varios rasgos articulatorios (o acústicos, pero aquí no importa la diferencia, pues hasta ahora las investigaciones acústicas no han hecho, por lo general, más que corroborar los hechos de articulación ya notados): punto y modo de articulación, sordez o sonoridad, resonancia nasal o puramente bucal, tensión (*fortis*) o relajamiento (*lenis*), etc. En cada sistema encontramos que, entre todos los rasgos posibles de un fonema, sólo algunos funcionan como diferenciadores. Se diría que cada lengua escoge ciertos “rasgos de elección” particulares. Así, la aspiración de /p t k/ no constituye en inglés un rasgo de oposición con respecto a /b d g/ porque, aunque todas las oclusivas sordas tienen realizaciones aspiradas en igualdad de condiciones —en posición inicial o ante vocal acentuada, y sólo en estos casos—, no hay en inglés oclusivas sonoras aspiradas. Al contrario, la sordez es un rasgo de oposición frente a la sonoridad: /p/ frente a /b/, etc. Hay, pues, una *serie* de oclusivas sordas y otra de sonoras, y dentro de ambas series cada elemento forma una correlación de oposición con respecto al fonema correspondiente. En los tres pares formados por esas dos series hay representantes de tres órdenes. Cuando a ellas se añade la serie de las nasales, resulta que esta última se compone de tres fonemas colocados respectivamente en los mismos órdenes. El esquema se presenta así:

Orden: *bilabial-dental-velar*

Serie (oclusiva): <i>sorda</i>	p	t	k
<i>sonora</i>	b	d	g
<i>nasal</i>	m	n	ŋ

En cuanto a la estructura concebida como un complejo de fuerzas eficaces en el desarrollo de un fenómeno lingüístico, notemos el caso de la creación de un nuevo fonema nasal (velar) en ciertas regiones de habla española. Dado el sistema de oclusivas,

p	t	ê ( <i>ch</i> )	k
b	d	ÿ	g
m	n	ñ	

se ha creado un fonema /ŋ/ para llenar la casilla vacía en el orden velar, con la consiguiente oposición entre /n/ y /ŋ/, entre [enagwas] 'enaguas' y [eŋagwas] 'en aguas' (cf. O. L. CHAVARRÍA-AGUILAR, "The phonemes of Costa Rican Spanish", *Lan*, 27, 1951, 248-253).

Nótese el mecanismo aquí empleado. En todo el mundo de habla española existen hábitos de articulación asimilatoria que producen una variante nasal velar del fonema /n/ en contacto con /k, g, x/. En algunas regiones, esta articulación [ŋ] se extiende también a la posición final, sin cesar de funcionar como miembro del grupo fonemático /n/. Pero cuando esa [ŋ] final de palabra se sostiene igualmente en posición intervocálica, resulta una oposición entre /vocal + n + vocal/ y /vocal + ŋ + vocal/. Ha nacido un nuevo fonema para integrarse al sistema.

El desplazamiento de la *x* [š] española del siglo xvi hacia la posición velar de la jota moderna nos deja ver más claramente la "presión" interna, porque podemos apreciar la situación en términos prácticos. Los hispano-hablantes del centro del país tenían entonces dos realizaciones fricativas sordas, /š/ápico-alveolar y /š/ (pre)palatal, con margen de seguridad muy estrecho entre una y otra. Para resolver la dificultad de comprensión, el uno o el otro de los fonemas tenía que moverse. Si /š/ se hubiera pronunciado más adelante, se habría topado con el campo de dispersión de /s/ procedente de /š/ (*ç, z*). Fue, pues, /š/ el que se desplazó hacia atrás, hacia el velo del paladar, donde el orden velar existía ya, representado por /k/ y por /g/. El puesto vacío se llenó con la fricativa sorda correspondiente, la jota moderna. (Cf. E. ALARCOS LLORACH, "Esbozo de una fonología diacrónica del español", *EMP*, 2, 1-31).

Ya se ha visto que el concepto de "economía" entraña un antinomia: la economía de inercia es sobre todo articularia, y tiende a eliminar o disminuir los rasgos diferenciadores, y por tanto las oposiciones; la economía de eficiencia, en cambio, sirve para mantener las diferencias fónicas útiles en la comunicación lingüística. También hay que tener en cuenta el importante papel que desempeña la frecuencia relativa de cada fonema integrado en el sistema de oposiciones, y el no menos im-

portante de la redundancia en el proceso de comunicación, que parece ser inversamente proporcional a la frecuencia relativa. Todo esto, y mucho más, es pertinente cuando nos proponemos explicar el porqué y el cómo de las modificaciones del lenguaje.

En el capítulo de Prosodia se consideran el acento (intensidad, duración), el tono y la entonación (altura musical, grupo melódico). Lo característico de los elementos prosódicos, en este sentido estricto, es que son esencialmente combinatorios: no pueden producirse solos; no hay tono o acento sin una vocal o sílaba que los soporte. No obstante, pueden identificarse grados de intensidad, niveles de altura musical con valor distintivo dentro de una lengua dada. Pero ni por su naturaleza ni por su función son comparables estos elementos prosódicos con los fonemas.

Todo sistema lingüístico tiene, pues, dos aspectos: la fonemática, en que se observa el juego de las unidades contrastantes, y la prosodia, que se ocupa de esos elementos que, casi sobrepuestos a las primeras, coinciden con ellas en el hablar. En la fonología diacrónica, como en la sincrónica, llevaría gran ventaja el método que separase las dos categorías de fenómenos. Es mucho más difícil la tarea de reconstrucción de las influencias y fenómenos antecedentes debidos a factores prosódicos, porque la escritura de casi todas las lenguas carece de signos explícitos que indiquen todo lo pertinente. De ahí el valor de las técnicas estructurales.

La lingüística histórica no es una disciplina nueva, puesto que desde hace muchos años se vienen emprendiendo estudios de ese género. Sin embargo, el método verdaderamente nuevo de la fonología diacrónica ha sabido renovarlos. La aplicación y adaptación de las técnicas estructurales a los problemas histórico-lingüísticos promete avances considerables en el campo de la ciencia del lenguaje. Debemos, pues, expresar nuestro agradecimiento al profesor Martinet por las muchas observaciones atinadas que nos presenta en este libro.

ERNEST F. HADEN

The University of Texas.

ALONSO ZAMORA VICENTE, *Léxico rural asturiano. Palabras y cosas de Libardón (Colunga)*. Universidad de Granada, 1953; 189 pp., con 29 láms. (*Colección filológica*, 6).

La parroquia de Libardón pertenece al concejo de Colunga, muy conocido entre los lingüistas por el célebre *Vocabulario dialectológico* de BRAULIO VICÓN (1896; felizmente reeditado en 1955 como anejo de la *RFE*). Linda con el concejo de Cabranes, cuyo léxico recopiló exhaustivamente MARÍA JOSEFA CANELLADA (esposa de Zamora Vicente) en 1944. El libro que ahora comentamos abarca aspectos típicos de la cultura popular de Libardón, y sus materiales se recogieron en 1952 durante un descanso veraniego, "en sucesivas y múltiples conversaciones ante los objetos descritos". Tal estudio sistemático, prolongado durante varios meses en estrecha convivencia con el "pueblo" y en un ambiente familiar al autor